

JOYCE CAROL OATES
CARTHAGE

Cressida, la hija de Zeno Mayfield, ha desaparecido en plena noche, en las montañas de Adirondack. Cuando la comunidad de Carthage se une al padre en su frenética búsqueda descubrirá al sospechoso más inesperado: un militar condecorado, veterano de la guerra de Iraq e íntimamente relacionado con la familia Mayfield.

*Para Charlie Gross,
mi marido y primer lector*

Nota de agradecimiento

Doy las gracias a Mariette Kalinowski, sargento del Cuerpo de Marines de los Estados Unidos (ya jubilada), y a Martin Quinn por leer este manuscrito con especial atención en su calidad de becarios Hertog en Escritura Creativa de Hunter College, y también a Greg Johnson por su incansable amistad, agudeza para el idioma, tanto escrito como hablado, e impecable criterio literario.

Ve de inmediato, sal en este mismo instante a los caminos, besa primero la tierra que has mancillado, luego inclina la cabeza ante todo el mundo y di a todos los hombres: «¡Soy un asesino!». Será después cuando Dios te devuelva la vida.

FIÓDOR DOSTOIEVSKI
Sonia a Raskólnikov en *Crimen y castigo*

Ya no me siento joven. Creo que soy viejo en el fondo del corazón.

EXCOMBATIENTE
DE LA GUERRA DE IRAQ, 2005

Prólogo

Julio de 2005

No me querían lo suficiente.

El porqué de que desapareciese. Diecinueve años. ¡Me jugué la vida a cara o cruz!

En este lugar tan amplio —un parque natural en las abruptas pendientes de los Adirondacks— los pinos se repiten hasta el infinito, como un cerebro tan apretado que está a punto de estallar.

La Reserva Forestal Nautauga, del estado de Nueva York, con una extensión de ciento veinte mil hectáreas de montes sembrados de grandes rocas y densamente arbolados, limita al norte con el río San Lorenzo y con la frontera canadiense, y al sur con el río Nautauga en el condado de Beechum. Se pensaba que me había «perdido» allí (caminando sin rumbo fijo, desorientada, tal vez herida) o, lo más probable, que alguien se había «deshecho» allí de mi cadáver. Gran parte de la reserva es un lugar remoto, inhabitable, y al que solo llegan los excursionistas y los escaladores más intrépidos. Durante más de tres días de intenso calor veraniego, profesionales y voluntarios estuvieron buscando en círculos concéntricos, cada vez más amplios, a partir de una pista de tierra que, cinco kilómetros al norte del lago Wolf's Head, sigue la orilla septentrional del Nautauga en la parte sur de la reserva. Se trata de una zona situada, más o menos, a unos quince kilómetros de la casa de mis padres en Carthage, Nueva York.

Era una zona muy próxima al lago Wolf's Head, en uno de cuyos bares ribereños algunos «testigos» me habían visto por última vez en la medianoche precedente, en compañía de quien se sospechaba que había sido el responsable de mi desaparición.

Hacía mucho calor. A raíz de las lluvias torrenciales de finales de junio, las altas temperaturas iban acompañadas de un sinnúmero de insectos. A quienes me buscaban los asestaban sin descanso mosquitos y jejenes. Los más persistentes eran estos últimos. Con el pánico tan peculiar que produce tenerlos en las pestañas y en los ojos y que se te metan en la boca. El pánico a tener que respirar rodeado por una nube de jejenes.

No se puede, sin embargo, dejar de respirar. Si lo intentas, tus pulmones respiran a pesar tuyo. Aunque no quieras.

Después del primer día, cuando los perros de rescate no habían conseguido localizar el rastro de la joven desaparecida, las personas con experiencia que participaban en la búsqueda empezaron a dudar de poder encontrarla con vida. Los miembros de las fuerzas de seguridad eran aún más pesimistas. Pero los guardas forestales jóvenes y los voluntarios que conocían a los Mayfield no perdían la esperanza. Porque, en Carthage, los Mayfield eran una familia muy estimada. Porque Zeno Mayfield era un personaje de la vida pública de Carthage y muchos de sus amigos y asociados se presentaron para buscar a su hija desaparecida aunque una buena parte apenas sabía cómo se llamaba.

Ninguna de las personas que se abrían paso entre la maleza de la reserva, que se metían por quebradas y barrancos, que subían por las pedregosas laderas y que escalaban, arrastrándose a veces, las moteadas superficies de enormes rocas, al tiempo que se apartaban los jejenes de la cara, quería pensar que con el calor de los Adirondacks, que se mantenía con valores de 37 o 38 grados centígrados después de ponerse el sol, el cuerpo sin vida de una joven, probablemente desnudo, tanto si estaba al aire libre como

cubierto de tierra y pegajoso por la sangre, empezaría rápidamente a descomponerse.

Nadie habría querido expresar en voz alta la odiosa idea (instintiva en el caso de personas con experiencia) de que olerían a la chica antes de encontrarla.

Una observación así se haría sombríamente, cuando el padre, al borde ya de la desesperación, no pudiera oírla. A Zeno Mayfield se le oía gritar, enronquecido, empapado en sudor y exhausto: «¡Cressida! ¡Cariño! ¿No me oyes? ¿Dónde estás?».

Zeno había hecho mucho senderismo en otro tiempo. Había sido una persona que necesitaba perderse en la soledad de las montañas, en lugares que le parecían por entonces un sitio donde refugiarse y recibir consuelo. Pero hacía ya mucho que no era así. Y menos ahora.

Menos aún en este verano de 2005, caluroso, húmedo, generador de insectos, en el que su hija menor había desaparecido en la Reserva Forestal Nautauga con la misma facilidad, en apariencia, con la que una serpiente se desprende de su piel vieja, seca y agrietada.

Primera parte
Joven desaparecida

1. La búsqueda

10 de julio de 2005

«La chica que se había perdido en la Reserva Forestal Nautauga.» O «la chica asesinada cuyo cadáver se había ocultado».

Dónde había desaparecido la hija de Zeno Mayfield, y si existían posibilidades de encontrarla con vida o maltrecha pero con razonables posibilidades de sobrevivir, eran cuestiones que confundían a todo el mundo en el condado de Beechum.

A todo el mundo que conocía a los Mayfield o que simplemente sabía de su existencia.

Y para quienes conocían al joven Kincaid —*héroe de guerra*— el problema era todavía más desconcertante.

Ya a última hora de la mañana del domingo, 10 de julio, se había difundido, en el mar proceloso de los medios de comunicación —en las «noticias de última hora» de la radio y los telediarios locales de Carthage, y poco después en todo el estado de Nueva York, así como en los informativos nacionales de la Associated Press—, la noticia de la rápida organización de un grupo para buscar a la *joven desaparecida*.

Docenas de socorristas, profesionales y voluntarios, buscan a Cressida Mayfield, de diecinueve años, natural de Carthage, Nueva York, a la que se cree perdida en la Reserva Forestal Nautauga desde ayer por la noche.

La policía del condado de Beechum está interrogando al cabo Brett Kincaid, de veintiséis años, también de Car-

thage, identificado por algunos testigos como acompañante, en la noche del 9 de julio, de la joven desaparecida.

No se ha practicado ninguna detención. La oficina del sheriff no ha hecho público ningún comunicado relacionado con el cabo Kincaid.

Se ruega a cualquier persona que disponga de información sobre el paradero de Cressida Mayfield que se ponga en contacto con...

Lo sabía: estaba viva.

Lo sabía: si perseveraba, si no desesperaba, la encontraría.

Era su hija pequeña. La hija difícil. La que le había roto el corazón.

Existía alguna razón, posiblemente.

Que lo detestara. Que permitiera que le hicieran daño para herir así a su padre.

Pero no le cabía la menor duda de que seguía con vida.

«Lo sabría. Lo sentiría. Si mi hija no estuviera ya en este mundo, se produciría un vacío, eso es más que seguro. Lo sentiría.»

Le desagradaba que se la diese por *desaparecida*.

Zeno insistía en que se había *perdido*.

Es decir, probablemente *perdida*.

Cressida había empezado a caminar sin rumbo fijo o quizás había salido corriendo. Para terminar, de un modo u otro, por perderse en la Reserva Forestal Nautauga. El joven que la acompañaba (aunque aquello era algo que el padre no entendía, porque la chica había dicho en casa que iba a pasar la velada con una amiga) insistía en que ignoraba su paradero, en que Cressida lo había dejado a él.

En el asiento de su Jeep Wrangler había, al parecer, manchas de sangre. Y más sangre por dentro del parabrisas

en el lado del pasajero: como si un rostro, o una cabeza ensangrentada, hubiera impactado allí con cierta fuerza.

También en el asiento del acompañante y en la camisa del joven Kincaid se habían encontrado cabellos sueltos, e igualmente un mechón cuyo color oscuro coincidía con el del pelo de la desaparecida.

En los alrededores del jeep no había huellas: el arcén de Sandhill Road, que estaba cubierto de hierba, se hacía después rocoso para descender casi en picado hasta el río Nautauga, de corriente muy rápida.

El padre de la joven no sabía (aún) más detalles. Sabía que a Kincaid lo había retenido la policía al encontrarlo en su vehículo, en un estado de semiestupor alcohólico, mal aparcado en un camino sin asfaltar a la entrada de la reserva a las ocho de la mañana del domingo, 10 de julio de 2005.

Se suponía que Brett Kincaid, el joven cabo, era la última persona que había visto con vida a Cressida Mayfield antes de su «desaparición».

Kincaid era, o había sido, amigo de la familia Mayfield. Más exactamente, prometido —hasta una semana antes— de la hermana mayor de la joven a quien se buscaba.

El padre había tratado de verlo: ¡solo para hablar con él!

Para mirarle a los ojos. Para ver cómo el joven cabo lo miraba a él.

Se le había negado esa posibilidad. Al menos por el momento.

La policía solo *retenía* al joven Kincaid. Tal como los boletines de noticias se esforzaban por señalar, *no se había practicado ninguna detención*.

¡Qué desconcertante resultaba todo! El padre de Cressida, que se enorgullecía, desde hacía mucho tiempo, de ser listo y astuto, así como de funcionar un poco más deprisa y de estar mejor informado que cualquier otra persona de su entorno, no entendía lo que parecía presentársele como una mano de naipes repartida por un jugador siniestro.

Las complejas rutinas de su vida —tan complejas como el funcionamiento de un reloj muy caro, pero indefectiblemente bajo su control— se habían visto alteradas de golpe. No solo la sorpresa —el horror— que le había producido la «desaparición» de su hija sino las circunstancias que la acompañaban.

No era posible que Cressida les hubiera mentado a él y a su madre..., y sin embargo parecía, a todas luces, que era eso lo que había sucedido.

Cuando menos, no les había dicho toda la verdad sobre lo que se proponía hacer la noche anterior.

¡Qué atípico tratándose de ella! Cressida siempre había despreciado la mentira por considerarla una prueba de debilidad moral. Era cobardía que a alguien le preocupara tanto la opinión de los demás como para rebajarse a *mentir*.

Y aún era más asombroso que se hubiera reunido con el antiguo novio de su hermana en un bar a la orilla del lago Wolf's Head.

Los Mayfield tuvieron que contar a la policía todo lo que sabían. No era normal que las fuerzas del orden se lanzaran a buscar a una persona adulta que llevaba tan poco tiempo ausente a no ser que se temiera la existencia de «juego sucio».

El padre insistió mucho en que, si bien le preocupaba que su hija se hubiera «perdido» en la reserva forestal, no estaba dispuesto a considerar la posibilidad de que alguien le «hubiese hecho daño».

O, en ese caso, que el daño fuese «grave».

Ni a querer pensar en *abusos deshonestos o en violación*.

Ni menos aún en *algo todavía peor...*

Cressida tenía diecinueve años pero parecía más joven. De huesos pequeños, infantil en su comportamiento y con el cuerpo de un muchachito: ágil, estrecha de caderas, sin apenas pecho. El padre había visto a hombres (chicos, no;

hombres) que la miraban fijamente, sobre todo en verano, cuando llevaba camisetas muy holgadas, vaqueros o pantalones cortos, el rostro muy pálido sin maquillaje; los había visto mirar a Cressida con una especie de desconcertado anhelo, como si trataran de decidir si lo que tenían delante era una chica o un chico; y cómo, aunque la mirasen con tanta avidez, su hija no manifestaba el menor interés.

Hasta donde a sus padres se les alcanzaba, Cressida carecía de experiencia con muchachos o con hombres.

Lo suyo era la ferocidad puritana de alguien que desprecia no tanto las experiencias sexuales como cualquier tipo de contacto corporal íntimo.

Como su hermana Juliet había dicho: «Vaya, estoy segura de que Cressida no ha estado nunca... ya me entiendes... con nadie... Quiero decir... que estoy segura de que es todavía...».

Demasiado consciente de las susceptibilidades de su hermana como para decir *virgen*.

El padre estaba conmocionado. La adrenalina le corría por las venas y el corazón le latía con una velocidad inusitada. A sí mismo se decía: *Esto es la emoción de la búsqueda. Saber que Cressida está cerca.*

Lo sentía; sentía la proximidad de su hija. Aquel hombre que nunca veía con buenos ojos que se hablara de «estupideces místicas» como la percepción extrasensorial estaba convencido ahora, mientras recorría la reserva forestal, de que sentía cerca la presencia de su hija. Sentía que su hija pensaba *en él*.

Incluso aunque una parte de su mente reconocía que si Cressida hubiera estado cerca de la entrada de la reserva, en las proximidades de Sandhill Road o Sandhill Point, alguien la habría encontrado ya.

Porque Zeno era una persona con formación jurídica y tenía, por naturaleza, temperamento de abogado: duda, objeción, segunda objeción...

Y es que su formación le llevaba a responder «Sí, pero...».

Pensaba en la ironía de que a su hija nunca le hubiese gustado hacer senderismo ni ir de acampada. La naturaleza la aburría, solía afirmar.

Con lo que quería decir que la naturaleza la asustaba. Que a la naturaleza le traía sin cuidado *ella*.

Zeno había conocido a otras personas así y todas, quizás por pura casualidad, eran mujeres. El sexo femenino se siente más seguro en un espacio reducido, en un espacio claramente limitado en el que la propia identidad se refleja en los ojos de otros; en un sitio así no es fácil *perderse*.

La voracidad de la naturaleza, pensó Zeno. Nunca se piensa en ello cuando se mantiene el control. Pero si ya se ha perdido, es demasiado tarde.

Miró hacia lo alto lleno de ansiedad. Muy por encima, apenas visible entre las densas ramas de los pinos, reconoció un halcón —dos halcones—, dos halcones de hombros rojos que descendían, describiendo amplios círculos, para cazar.

Claramente delineados contra el cielo y luego de repente cayendo en picado hasta desaparecer.

Zeno había visto a búhos abatirse sobre su presa. Un búho es una máquina de matar con plumas que guarda silencio en los momentos en que el único sonido es el grito de horror de la víctima.

Bajo sus pies, mientras se abría paso entre los brezales, había criaturas que se escabullían: conejos, ratas monteras, una familia de mofetas, culebras. Desde algún lugar cercano le llegó el glugluteo de los pavos silvestres.

Unos espacios abiertos demasiado amplios para la chica, para su hija pequeña. A Zeno nunca le había gustado aquel rasgo suyo: que se rindiera con demasiada facilidad. Que afirmase que se aburría, que quería volver a casa, a sus libros y a su «arte».